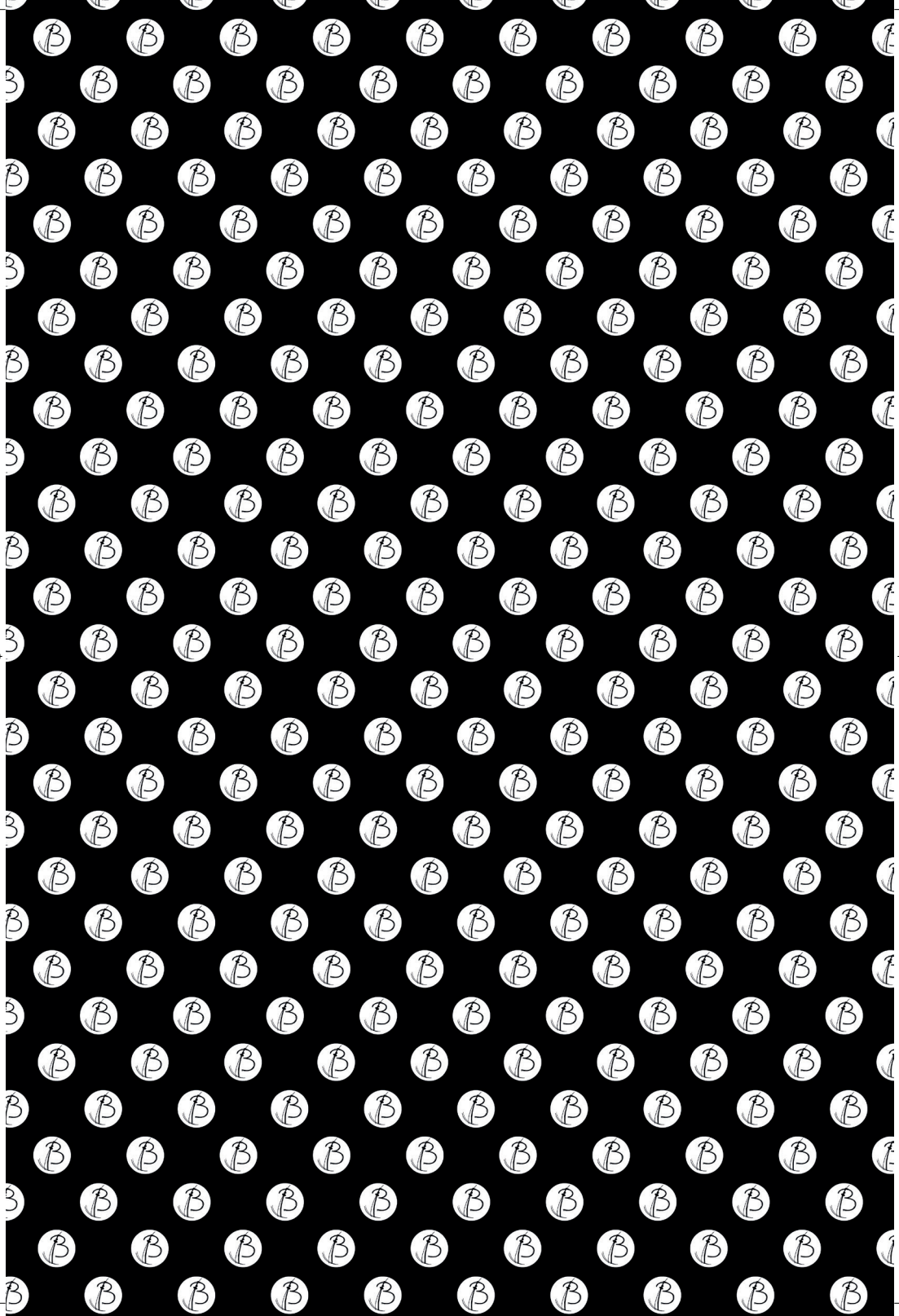
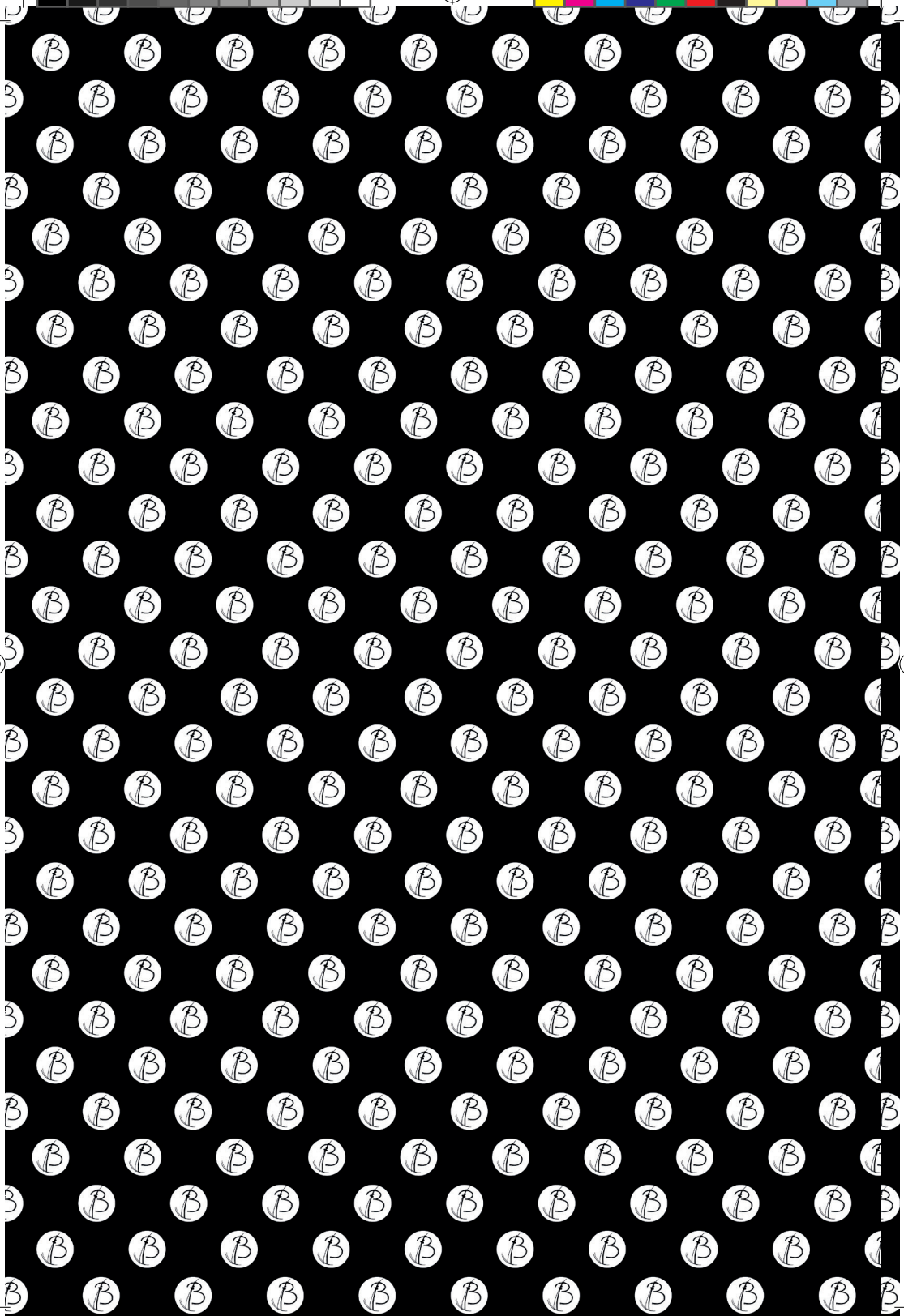
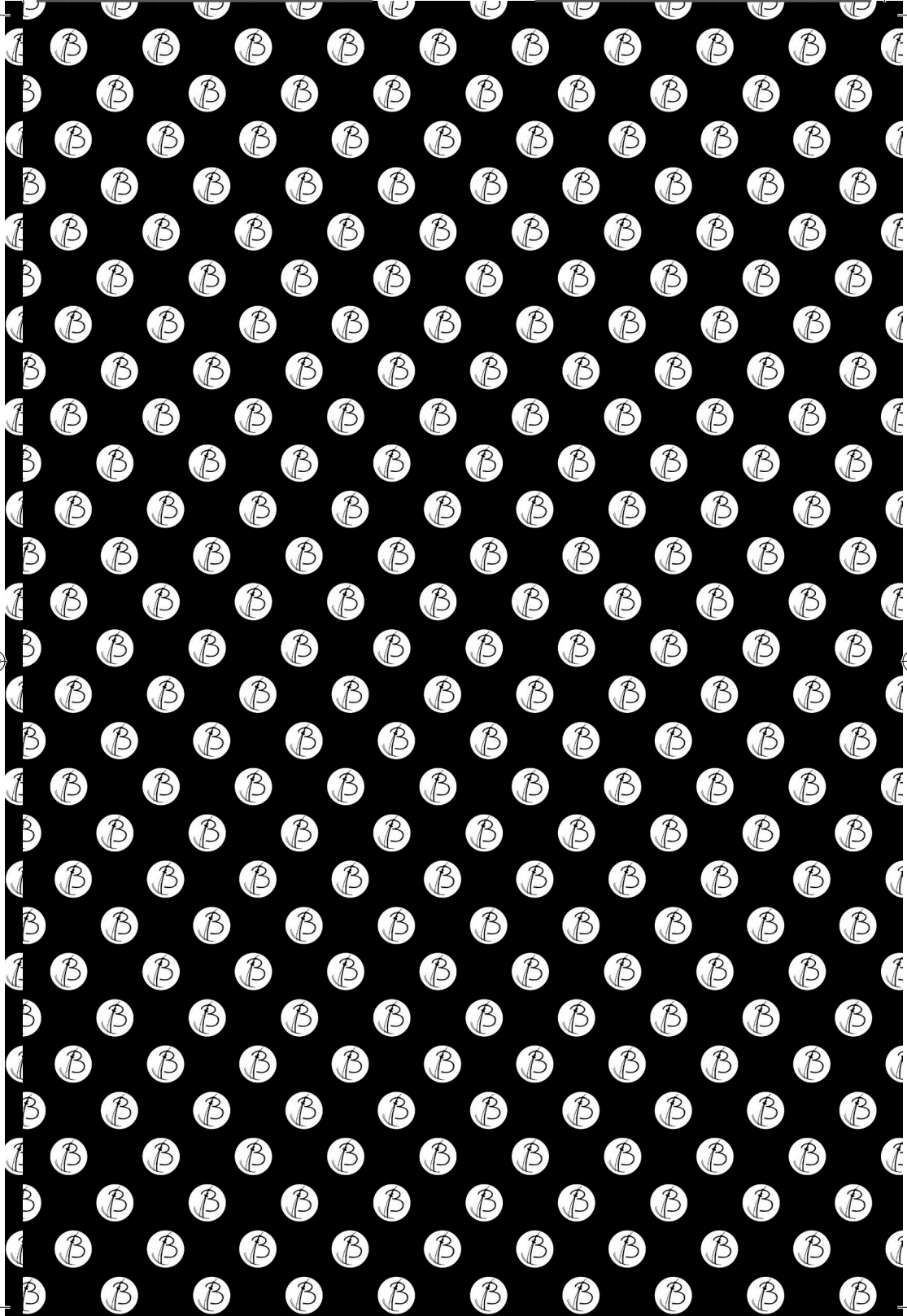
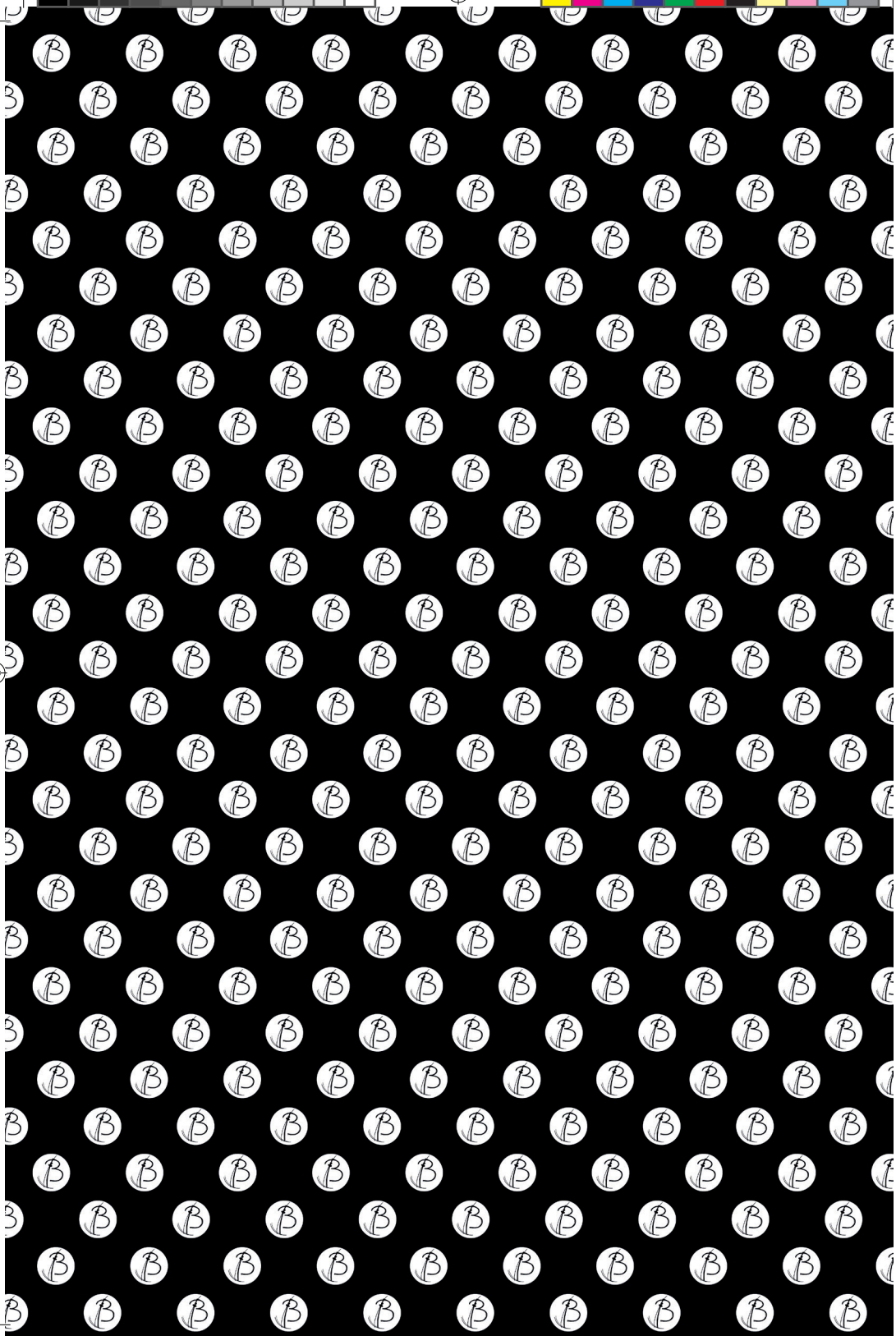












PAULA DÍAZ ALTOZANO

BALLENAS INVISIBLES

UN ENSAYO LITERARIO SOBRE BALLENAS
Y OTROS MONSTRUOS MARINOS



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN





Primera edición: octubre 2024

© 2024, Paula Díaz Altozano

© de la cubierta, 2024

Isabel Mora

© de esta edición

Barlin Project SL

Dirección editorial:

Alberto Haller

Publicado por

BARLIN LIBROS

Avda. Balears 61-20

46023 (València)

Esta obra ha recibido una ayuda a su creación del Ministerio de Cultura y Deporte
a través de la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura.



THEMA: DNL / WN

ISBN: 978-84-128892-1-5

Depósito legal: V-2239-2024

Impreso en España

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del *copyright*, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.





TABLA

PRÓLOGO

LA BALLENA EN EL INICIO DEL MUNDO

9

INTRODUCCIÓN

UNA BALLENA EN NUEVA YORK

11

1. MONSTRUOS MARINOS

13

2. SUEÑOS DE BALLENAS

37

3. EL MAR ES UN JARDÍN

55

4. LAS BALLENAS DESCONOCEN EL MAL

69

5. LA ISLA DE HIELO

91

6. LA BALLENA Y LA TEMPESTAD

109





7. BALLENAS INVISIBLES

121

8. BALLENAS MÁGICAS

135

9. LA POESÍA Y EL MAR

154

10. EL PACÍFICO

169

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

181

AGRADECIMIENTOS

189



PRÓLOGO:

LA BALLENA EN EL INICIO DEL MUNDO

En el principio de los tiempos estaba la ballena. Las olas, que apenas se habían formado días atrás, dejaban ya su espuma en la arena, y hasta allí llegaba un canto que parecía hablar a la tierra y al océano. Era una melodía hecha de sal, de viento, una música nueva que transformaba el aire y hacía resonar el mundo hasta sus confines. En ese tiempo, los mares caían en cascadas en los bordes de la tierra, y los astros, tan cerca, se reflejaban brillantes en la superficie y temblaban hasta que una cola o una fuente los disolvía en miles de espejos.

Del chorro de vapor de la gran ballena salieron las aves; del líquido blanco expulsado en el agua, los peces, y del ámbar gris, que llegaba a las costas, surgieron los animales terrestres. Fue entonces cuando la tierra donde crecían árboles y se elevaban montañas se resquebrajó. Salieron lenguas de fuego, todo tembló, y los pájaros emprendieron su vuelo hacia regiones que no podían comprender.

Tiempo después, los mares se calmaron. El sol iluminó la hierba, los árboles dieron sus frutos y más allá, en las aguas, la ballena imperturbable siguió lanzando su chorro a las alturas. Aparecieron los hombres, en cuya piel tostada se dibujaban palmeras de tinta, y crearon las naves. Primero fue la barca, después el timón y la rosa de los vientos. Ellos temían a los monstruos, por lo que idearon el arpón y los persiguieron. Y así, el canto de la ballena fue acallado, y el hierro atravesó su carne y tiñó las aguas de rojo. El aceite hervía en los barriles, con su grasa se iluminaron las ciudades y de las barbas las mujeres





hicieron sus corsés. Mas ni siquiera los hombres fueron capaces de acabar con el Leviatán, que surcaba los senderos del mar desde el inicio del mundo.





INTRODUCCIÓN:

UNA BALLENA EN NUEVA YORK

Nunca he visto una ballena. Verla es un deseo que he tenido desde que visité por primera vez las Islas Azores. Salí en barco a buscarlas, pero no las vi. He visto delfines en el mar y orcas en cautividad; también he visto calderones o ballenas piloto, que pertenecen en realidad a la familia de los delfines, aunque son más grandes que estos. Siempre que, como Ismael, el protagonista de *Moby Dick*, la gran novela de Herman Melville, me acerco a la parte acuática del mundo, aunque sea una playa cerca de una ciudad, pienso que, si presto atención y dejo vagar la mirada por las olas lejanas, veré asomar la cola o el chorro de una ballena.

Unos días antes del atentado del World Trade Center, estaba con mis padres y mi hermano Luis paseando por Central Park en Nueva York. Hacía bastante calor y el parque estaba lleno de gente. Las ardillas correteaban en la hierba y se perseguían por los troncos de los árboles. Desde el lago se veía una larga hilera de edificios brumosos que rodeaban el parque. Esa mañana habíamos subido a una de las Torres Gemelas. Tengo recuerdos difusos: el ascensorista, que vestía un traje negro y voceaba a gran velocidad cada uno de los pisos que subíamos según se iban iluminando los botones del ascensor; grandes ventanales de cristal y, arriba, la azotea. A diferencia del Empire State, en las Torres no había palomas. Nos decían que si te fijabas bien en el horizonte podías apreciar la curvatura de la Tierra. Desde los edificios que estaban más abajo subía el rumor de las máquinas de aire acondicionado, mientras la mirada se perdía en un océano de cristal, ventanas, edificios de ladrillo y gárgolas. Los ríos East y





Hudson se dibujaban en forma de estela bajo los puentes, y la vista de los rascacielos grisáceos entre la bruma que emanaba del sol recordaba a un mar.

Al día siguiente fuimos al Museo Americano de Historia Natural. Recuerdo que entramos a una sala enorme con el techo ovalado de cristal. De allí colgaba una réplica a tamaño real de una ballena azul que, suspendida, parecía nadar en un mar de aire con la cola y las barbas algo inclinadas. Había grupos de colegiales vestidos de uniforme que reían y miraban al enorme animal, y algunas personas se tumbaban en el suelo como si la vieran desde el fondo del mar. Todo se escuchaba con un eco como el que resuena en las salas grandes de los museos. Alrededor estaban expuestas réplicas de delfines y también había un tiburón ballena.

Siempre me han entusiasmado los museos de ciencias. Son mis preferidos, más incluso que los de arte. Recuerdo que una de mis mayores preocupaciones cuando tenía diez u once años, la edad a la que visité Nueva York, era que las ballenas se extinguieran. Me habían dicho o había oído que existía esa posibilidad y no podía comprender que tal cosa se permitiera. Había leído mucho sobre ellas —bueno, todo lo que se puede leer a esa edad—, sobre todo en libros ilustrados de animales y en revistas de pegatinas.

Mis dibujos de niña reflejaban la fascinación que me producían. Solía entretenerme pintando las mismas cosas con pequeñas variaciones: el fondo del mar de arena y rocas, con estrellas de mar, corales y algunas conchas; peces, calamares, medusas, pulpos y, en el centro de la hoja, a un tamaño mayor, siempre una ballena o una orca. Es posible que sin darme cuenta estuviese dibujando lo universal, como suelen hacer los niños.

Me pregunto si mientras escribo este ensayo veré alguna ballena. ¡Ojalá! Hasta entonces me conformaré con avistarlas en los relatos de los balleneros que partieron en el barco Essex desde Nantucket y naufragaron, en *Moby Dick*, en los dientes de cachalote que tallaban los marineros en sus horas libres, en los mapas antiguos y en las islas.

Es posible que las ballenas estén en nosotros. Las páginas de estos apuntes navegarán por un mar que quizá, como el universo entero, cabe en una ballena.





1

MONSTRUOS MARINOS

Inmensos como ballenas, cuyos vastos cuerpos en movimiento parecen tierra móvil, por las branquias pueden, en una tranquila calma, agitar el mar hasta que hierve.

Sir William Davenant, *Prefacio a Gondibert*

Estar en una isla se parece a navegar en barco. La isla no se desplaza y, aun así, la tierra rodeada de olas que rompen y dejan regueros de espuma en las orillas y los vientos que vienen desde todos los puntos cardinales y confunden levemente a las brújulas, nos dejan la sensación de encontrarnos a bordo de una nave fondeada.

Islas y barcos, a la deriva en el mar, perdidos en mapas de océanos fantásticos, surcados de gaviotas, de agua y de sal. Lugares donde resguardarse de la tempestad. Asomarse a la playa desde una barandilla y sentir en el rostro la humedad salada y pegajosa se parece a ver el mar desde la cubierta de un barco. Saberse rodeado de agua es ser consciente de estar cercado por un infinito de mareas, corrientes y monstruos; es resguardarse en un jardín o en un oasis rodeado de un desierto moviente. Las islas son barcos anclados.

La primera impresión que tuve al llegar a Horta, en Faial, una de las islas de Azores, fue la de estar en una inmensa pintura al aire libre. Su puerto, en el que amarran apretujados numerosos





veleros, tiene la firma, en forma de pintura, de los marineros que pasan por allí: el suelo, los muros y los bancos están pintados con dibujos de colores brillantes que se calientan al sol.

Se ven banderas de todos los países, sirenas, peces, ballenas, timones y todo tipo de motivos marinos, como si cada barco o marinero que pasara por ese lugar perdido en medio del Atlántico quisiera destacar la importancia de haber alcanzado uno de los hitos de su viaje.

Estuve paseando por el puerto con mis padres y mi hermano, haciendo fotografías de los murales y del volcán de la Isla de Pico que parecía estar al lado de donde nos encontrábamos. En las fotos llevo puestos unos pantalones cortos de color verde, una camiseta con un paisaje al óleo de la pintora Menchu Gal y gafas de sol. Estábamos allí de vacaciones, visitando a unos amigos: Antón, Casilda y su hija de diez años Marieta, que se habían comprado una casita en otra de las islas, la de San Jorge, o como decía Antón, «en el extremo del mundo».

Nosotros nos alojábamos en un hotel, por el momento en Faial, y desde las ventanas de las habitaciones, el volcán se veía como una inmensa montaña azul que emergía del mar.

Siempre me han gustado los desayunos de los hoteles. Me serví tostadas con mantequilla y mermelada, yogur, queso —dicen que la leche de las vacas de Azores es extraordinaria y los productos que de ella se obtienen, también— y un *croissant* acompañado de un té. Las paredes estaban pintadas de amarillo, y los manteles que cubrían las mesas redondas eran muy blancos.

Entre las cortinas del ventanal se veía el pico del volcán, y su silueta apenas se distinguía del cielo pálido de no ser por las franjas de nubes que se dibujaban cerca de la cima. Mi madre me enseñó unas fotos que había hecho con la cámara esa mañana al amanecer. El volcán sí se veía bien a esa hora: una montaña color lila circundada por un resplandor amarillo que salía del cráter como lava.

Cerca del puerto está el «Café de Peter», una casa con la fachada azul y las tallas de madera de dos cachalotes, lugar de





paso y reunión de marineros de todo el mundo, y también de balleneros, locales o foráneos, como los que llegaban de Nantucket. El Café es tan colorido como el puerto: del techo cuelgan estandartes, y pegados a las paredes hay mapas, notas manuscritas de marineros y toda clase de insignias marítimas y cartas que pueden leerse entre el bullicio de los comensales y el entrecho-car de jarras de cerveza y *gin-tonics*.

Este bar centenario lo regenta José Enrique Acevedo, de la cuarta generación de propietarios, y oficialmente se llama «Peter Café Sport». Durante la Primera Guerra Mundial los visitantes alemanes y británicos dieron a conocer a los habitantes de las islas deportes como el tenis, el fútbol y el waterpolo, y pidieron al abuelo de Acevedo llamar al local «Café Sport». El nombre de «Peter» se añadió más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando un oficial de marina pidió, esta vez al padre de José, si podía llamar al café «Peter» en honor a su hijo, al que echaba de menos y a quien quizá no volvería a ver.

En el piso de arriba del Café hay un pequeño museo. Paseé entre vitrinas donde estaban expuestos dientes de cachalote del tamaño de una mano, tallados con dibujos de fragatas, rosas de los vientos y batallas entre marineros y cetáceos que recordaban historias pasadas. Desde allí se escuchaba el bullicio del piso de abajo. Me enteré de que esta artesanía, llamada *Scrimshaw*, la realizaban los balleneros en sus ratos de ocio en el barco. Pensé que todos esos dientes habían pertenecido a cachalotes a los que habían cazado y decidí que no me gustaría coleccionarlos.

Por la noche fui con mi familia a cenar al Café. Tomamos pescado, mejillones y almejas, que nos sirvieron en pequeñas cazuelas sobre un mantel de papel con cuadros rojos y blancos. Recordé una parte de *Moby Dick* en la que el protagonista Ismael y su compañero Queequeg cenan en una posada de Nantucket, a rebosar de balleneros, donde únicamente sirven calderetas de pescado.

Ismael habla de las calderetas de almejas y bacalao servidas a todas horas «hasta que uno empezaba a mirar si le salían espinas



por la ropa» y describe el puerto como un lugar con calles pavimentadas de conchas de almeja, donde incluso la leche sabe a pescado, lo que el marino se explica al ver una vaca pastando entre restos de peces.

En el «Café de Peter» todo sabe también a pescado, a mar, al olor característico de los puertos, esa mezcla de algas, peces, madera húmeda y agua estancada. Se escucha el crujir de la madera de los botes, el ruido metálico de los mástiles y el grave de las velas, y si se está atento, puede intuirse el rumor del mar. Imaginé a los balleneros que, exhaustos tras meses de travesía, llegaban al puerto en Horta y eran recibidos en el cálido Café con vino, cerveza y calderetas hirvientes parecidas a las que estaban a nuestra mesa.

El mar hierve igual que el agua en las calderas. En el resumen de etimologías con que comienza *Moby Dick*, me llamó la atención una frase de Lord Bacon: «El gran Leviatán que hace hervir los mares como una cacerola». Antes de la ballena están las burbujas que suben a la superficie y la agitan, como un anticipo del gran animal que emerge del fondo del mar.

Por la noche, el volcán había desaparecido. En la ventana del hotel solo quedaban las franjas grises de unas pocas nubes, testigos de un gigante invisible allá en la oscuridad, que guardaba el sueño de todo lo que hervía en el mar.

Cetáceo viene del griego *kētos*, que significa «ballena» o «monstruo marino». El término, acuñado por Aristóteles, se divide en dos órdenes: los misticetos, es decir, barbados o con barbas, como la ballena azul; y los odontocetos que tienen dientes como la orca, el delfín o el cachalote.

A diferencia de los peces, en los cetáceos la cola o aleta caudal es horizontal, lo que les es de gran utilidad a la hora de subir a la superficie a respirar. Aunque el término «ballena» se usa comúnmente para referirse a los grandes cetáceos, incluido el cachalote de *Moby Dick*, desde un punto de vista científico se habla de *balaena*, que incluye a la ballena de Groenlandia, y de





eubalaena, que incluye tres tipos de ballenas francas: la austral, la glacial y la del Pacífico.

En teoría, los antepasados de las ballenas eran pequeños mamíferos terrestres parecidos a un ciervo o a un lobo que se adentraron en el agua. Los fósiles descubiertos muestran animales primitivos como los mesoniquios, los artiodáctilos o los pakicetus, estos últimos con dientes en forma triangular que recuerdan a los de los tiburones. El ambulocetus, la ballena que anda y nada, recordaba a los cocodrilos.

Me llama la atención que en lo que ahora son desiertos o bosques se encuentren fósiles de especies acuáticas. Esto es lo que ocurrió con numerosos fósiles marinos que se hallaron en una vasta extensión de rocas en Pakistán en lo que era el antiguo mar de Tetis. Así se conoció que el rodhocetus filtraba el agua salada y que el basilosáurido conservó las extremidades posteriores con todos los huesos. Las ballenas antiguas, animales terrestres, después de agua dulce, se adaptaron al mar.

Siempre me ha asombrado la evolución. Me cuesta entender cómo un animal terrestre puede convertirse en marino por una cuestión de supervivencia. Imagino este proceso evolutivo a cámara rápida: un animal parecido a un lobo pequeño se acerca cada vez más a las aguas fangosas de la desembocadura de un río. En la orilla se las ingenia para atrapar los peces más próximos a la superficie. Cada vez se mete más en el agua verdosa y aprende nuevas técnicas para capturar peces de las profundidades. Incluso puede sumergirse, y al sacar la cabeza para respirar, las libélulas y otros insectos alados y brillantes revolotean cerca.

Este lobo, que cada vez nada mejor, acorta y ensancha sus extremidades. Ahora es capaz de hacerse con peces más grandes y su visión se ha afinado dentro de las aguas turbias. Ya casi no sale a la tierra, pues en el agua está su sustento. Alrededor, los árboles que una vez lo resguardaron del sol se van alejando. En realidad, es el lobo el que se aleja, cada vez más, al profundo mar. Sus extremidades se han convertido en aletas y respira por





un orificio de su cabeza, lanzando un chorro de aire que se deshace en el cielo nublado...

Los fósiles son huellas del tiempo. Como las ballenas, permanecen ocultos y, de vez en cuando, salen a la superficie. Están en los desiertos donde una vez hubo mares, en las cuencas de los ríos y en lo profundo de los valles. Son la confirmación de que la Tierra se mueve y de que sus placas lentamente se acercan o alejan. Los mapas son fotografías del planeta que, como nosotros, va cambiando.

Mis fósiles preferidos son los amonites. Cuando los veo en puestos de mercadillos me gusta pensar que esas rocas nadaban y se movían en el mar hace cuatrocientos millones de años.

Imagino las playas llenas de sus conchas recogiendo el sol del Cretácico, cuando solo se escuchan las olas y su leve movimiento. Las conchas se endurecen, la arena las cubre y el mar se va retirando y se forman lagos donde viven animales de menor tamaño, y charcas donde saltan anfibios y revolotean insectos. La tierra se cubre de hierba, de grandes piedras y de bosques que guardan relatos prehistóricos de moluscos, de otras criaturas que pertenecieron al mar y hoy florecen entre las rocas.

En la Edad Media las ballenas se representaban como animales monstruosos, con garras y colmillos, parecidos a los antepasados de las ballenas, como si sus dibujantes intuyeran de qué seres descendían. Los bestiarios se ilustraban con dibujos de grandes y agresivos peces bajo los barcos de pescadores. Algunos son parecidos a dragones, y a menudo devoran peces más pequeños con las fauces abiertas.

El *Theatrum Orbis Terrarum* (1570) de Abraham Ortelius, considerado el primer atlas moderno, tiene ilustraciones de monstruos marinos en sus mapas: ballenas que recuerdan a animales mitológicos, peces con colmillos y otros seres fabulosos salen a la superficie alrededor de las islas.

El *Bestiario de Aberdeen*, del siglo XII, muestra que los peces más pequeños se amontonan en la boca de la ballena, que cuan-



do siente que la tiene repleta la cierra de golpe y se los traga. Define las ballenas como «bestias de enorme tamaño, llamadas así por su hábito de aspirar y expulsar agua; porque hacen olas más altas que otras criaturas marinas».

En una de las versiones latinas en verso del bestiario *Physiologus*, el primero que se conoce, escrito en griego por un autor anónimo entre el siglo II y el IV, está la siguiente apreciación de cómo se ve una ballena:

nadando en la cima de las olas
mirándola uno piensa,
que allí en el mar hay una
montaña
o que se ha formado una isla, aquí en medio
del mar.

Los monstruos marinos de los mapas medievales se parecen mucho a los animales terrestres. Son similares a reptiles, a leones y a lobos, lo que tiene una explicación: la *Historia natural* (77 d. C.) de Plinio el Viejo, recoge la teoría de que todo animal terrestre tiene un equivalente en el océano.

En la *Carta Marina* (1539), el mapa más antiguo de los países nórdicos, creado por Olaus Magnus, hay serpientes marinas, ballenas, orcas, langostas, narvales y otros animales que nadan entre los barcos que circundan la Tierra y cruzan los meridianos. En él está dibujada una isla: Tile, y junto a ella una ballena que expulsa dos chorros de agua, y una orca con garras y aspecto de dragón.

La isla Tile o Thule, es una isla fantasma que aparecía con frecuencia en los mapas antiguos, y que no debe confundirse con la Isla Tule del Sur, en el archipiélago de las Islas Sandwich. Fue el explorador griego Pytheas quien escribió por primera vez sobre ella en sus viajes entre los años 330-320 a. C.

Las «islas fantasma» surgieron de los errores de los dibujantes de mapas. Cuando estos se reproducían a mano, era





común que los cartógrafos cometieran equivocaciones al dibujar una isla que en realidad no existía o al cambiar de lugar su ubicación. Otras veces el error venía de los propios exploradores, que creían ver islas en lo que eran icebergs o espejismos en la niebla. Así, los mapas equivocados llegaban a los marinos, que eran incapaces de encontrar la tierra representada, lo que originaba multitud de historias y leyendas.

Estos errores han perdurado durante siglos, casi hasta nuestros días. Por ejemplo, la Isla Emerald del Pacífico Sur, entre Australia y la Antártida, apareció en los atlas desde 1821 hasta 1987. En 2012 un grupo australiano de investigadores se embarcó en busca de la Isla Sandy, que aparecía en Google Earth entre Australia y Nueva Caledonia. Cuando llegaron al lugar donde debía estar, solo encontraron agua.

La Isla de San Brandán es otra isla fantasma que, según la leyenda, podría ser la octava de las Islas Canarias. La isla debe su nombre al religioso irlandés San Brandán, quien se embarcó con un grupo de monjes en busca del paraíso terrenal. La isla apareció por primera vez en 1275 en el *Mapamundi de Hereford*. Las historias y archivos cuentan que durante la expedición los tripulantes se encontraron con una serpiente marina, un grifo y un dragón.

En un grabado del *Nova Typis Transacta Navigatio* de Caspar Plautius (1621) se ve a un grupo de monjes celebrando una misa sobre un gran pez de cuya cabeza salen dos chorros de agua. Esta imagen está inspirada precisamente en el «Viaje de San Brandán», historia que cantaban los juglares. Según cuenta el texto, los viajeros desembarcaron en una isla, no demasiado grande, en la que celebraron una misa, tras la cual fueron a buscar leña para asar la carne que llevaban salada en los barriles del barco. Para su sorpresa, la tierra empezó a temblar y a alejarse de la nave, por lo que tuvieron que volver al barco con la ayuda de cuerdas y una pértiga. Una vez a bordo, vieron asombrados cómo la isla se alejaba. San Brandán les explicó lo que había ocurrido: «Hemos celebrado nuestra fiesta no encima de tierra



firme, sino en el lomo de una bestia, un pez de mar, y de los más grandes». Habían desembarcado en el lomo de una ballena.

Es posible que algunas de las islas fantasma llegaran a los mapas al ser confundidas con una ballena: un barco se abre paso entre la niebla, apenas se ve nada y los marineros sienten el vapor pesado en sus hombros. La humedad se cuela por los poros de la piel y empapa la cubierta. El barco avanza con sigilo, pues no se distingue el mar del cielo y todo queda envuelto en una nube. La tripulación permanece en silencio, solo se escucha el golpeteo monótono del agua en la proa, hasta que el vigía del palo mayor grita que le parece ver un islote. A medida que se acercan empieza a distinguirse una roca cubierta de lapas. Las gaviotas la sobrevuelan y lanzan graznidos. El barco va a rodearla para no chocar, pero al acercarse, los tripulantes descubren estupefactos que la isla ha desaparecido.

Las ballenas llevan lapas y percebes incrustados que viajan con ellas como pasajeros sin billete en sus migraciones. Las tortugas que nadan en la superficie se asemejan también a islotes flotantes, algunas con el caparazón cubierto de algas.

Hay animales que parecen islas y hay islas parecidas a animales. La Isla de San Jorge, una de las nueve que conforman el archipiélago de Azores, recuerda a un dragón contoneándose en el océano. Es escarpada y estrecha, y está llena de vegetación. En el borde, donde están las casas, hay fajanas, que son lenguas de tierra que la lava volcánica formó al enfriarse al llegar al mar.

Salimos del puerto de Horta para ir hasta San Jorge. A un lado se veía el volcán de la Isla de Pico, más azul que otros días porque estaba algo nublado. El viaje duraba varias horas y, como suele ocurrirme cuando viajo en barco, empecé a marearme, así que subí a cubierta y me asomé a la barandilla por un lateral. Mi cuerpo se acompasa con el movimiento de las olas; una elevación, una bajada y de nuevo el empuje como si el barco fuera un trampolín. Respiro profundamente. Si me concentro





no me mareo. El mar está gris, un poco picado, y lo miro con la esperanza de ver el lomo de una ballena entre las olas.

La llegada a San Jorge, a medida que nos acercábamos a la isla, me recordaba el comienzo de la película de Steven Spielberg *Jurassic Park*, con la diferencia de que allí los protagonistas llegaban en helicóptero. Una montaña alargada cubierta de vegetación había surgido del océano. El barco topó con los neumáticos del embarcadero, y todos los viajeros, ya de pie, nos dispusimos a bajar.

Es una sensación extraña bajar a tierra. Siempre que desembarco me ocurre: el cuerpo, acostumbrado al vaivén del agua, nota la quietud de la tierra firme y al principio es como si las piernas no respondieran del todo.

Una mañana fuimos en coche a un extremo de la isla para visitar a Antón, Casilda y Marieta. Se alojaban en una casita de madera verde que daba al mar. Si mirabas atrás, estaba la montaña cubierta de árboles y niebla, y al otro lado, apenas a unos metros, el mar.

Nos sentamos en el porche a conversar. «Aquí estamos en el fin del mundo, donde nadie te puede encontrar», dijo Antón mirando la masa de agua salada. Fuimos con ellos, mis tíos y mis primos pequeños, que también estaban allí de visita, a una playa de rocas. En los bordes del camino crecían matas de tomates silvestres que fui tomando hasta llegar a la orilla. Las olas hacían resonar miles de guijarros y el mar tenía el mismo color que el cielo lleno de nubes. Riendo y elevando la voz por encima del rugido marino, tratamos de hacer ranas con las piedras planas que encontrábamos.

La isla es tan escarpada que el aeropuerto, muy pequeño, está en un lateral de la montaña. Una mujer mayor, Joana, que vivía en una casa al lado, era quien se encargaba de cerrarlo a mediodía, en las horas en que no había vuelos. Como debe de ocurrir en los paraísos, sean terrenales o no, nadie tiene prisa en estas islas.





Estoy consultando algunos tomos de la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana Espasa* que está en la casa del pueblo de mi familia, en los montes de Toledo. No sé por qué, pero las casas antiguas, como esta, me recuerdan a barcos, aunque el mar no esté cerca. Tengo la sensación de estar en un camarote consultando cuadernos de bitácora. Son libros antiguos, de la primera década del siglo xx, de tapas duras y páginas muy finas que hojeo por ver si hay ballenas que nadan entre ellas.

La primera acepción que encuentro de ballena es «mamífero del orden de los cetáceos, y el más corpulento de los animales conocidos/ Substancia córnea que tiene esta en la mandíbula superior, y de la que se hacen, entre otras cosas, las ballenas de los corsés/ Substancia grasa que se extrae de la ballena y que, en algunos países del Norte, sirve para el alumbrado».

La segunda acepción, astronómica, hace referencia a la constelación del ciclo austral indicada por el astrónomo griego Ptolomeo. *La Ballena*, *Cetus* en latín, que contiene gran número de nebulosas, limita al norte con los *Peces* y el *Carnero*, al este con el *Eridiano*, al sur con el *Taller del Escultor* y el *Horno*, y al oeste con *Acuario*.

La constelación contiene una estrella llamada la *Maravillosa*, a la que la enciclopedia dedica unas líneas. En 1638, el astrónomo alemán Johannes Holward estaba observando las estrellas desde una colina cercana a su casa. Apenas hacía viento y los árboles del otro lado del río murmuraban quedamente con sus hojas, como si conversaran con las aguas tranquilas que corrían más abajo.

Holward llevaba varias horas mirando el cielo estrellado y empezaba a dolerle la espalda de estar en esa posición. Estaba esperando un eclipse de luna, pero las nubes grises pasaban por delante del astro iluminado y no lo dejaban ver. De vez en cuando las lechuzas blancas batían sus alas silenciosas hacia los árboles.

Un rato después, la luna se oscureció y las constelaciones se encendieron. Distinguió *la Osa Mayor*, y después sus ojos se



posaron en *la Ballena*. Fue entonces cuando vio centellejar algo brillante: una estrella luminosa en la que antes no había reparado. Holward averiguó que la estrella era ya conocida, aunque parecía que no le habían dado demasiada importancia, pues apenas había nada escrito sobre ella.

Otros la estudiaron según el brillo que presentaba y su singular variabilidad, siendo el músico y astrónomo germano británico William Herschel, descubridor del planeta Urano, el primero en analizar su brillo en comparación con las estrellas próximas. Según la definición consultada en la enciclopedia, el color de la estrella «es anaranjado con tendencia al rojo».

Antes de que la iluminación nocturna encendiera las ciudades con lámparas de aceite, se veían claramente las estrellas. Hoy, es necesario ir al campo para verlas, a lugares alejados de eso que llaman contaminación lumínica.

Antiguamente hubo distintas clasificaciones astronómicas de las constelaciones. Entre las numerosas criaturas que las representan, algunas tienen que ver con el océano. Ptolomeo, quien estudió el movimiento de los planetas, recogió las siguientes constelaciones marítimas sin contar las del Zodíaco: *Argo Navis*, o la nave en la que viajaron Jasón y los argonautas, *Cetus*, conocida también con el nombre de la Ballena o Monstruo marino, *Delphinus*, el delfín, la *Hidra* o serpiente de mar, y *Piscis Austrinus* o pez austral.

El astrónomo alemán Johann Bayer añadió nuevas constelaciones a las anteriores en su atlas astronómico *Uranometria* (1603), entre las que destacan *Dorado* o el pez espada, *Hydrus*, hidra macho, y *Volans* o el pez volador. El astrónomo y matemático francés Nicolás Lacaille dividió la *Argo Navis* de Ptolomeo en cuatro constelaciones más pequeñas que responden a la estructura de la nave: *Carina*, la quilla, *Puppis*, la popa, *Vela*, la vela, y *Pyxis*, la brújula.

La primera vez que vi la luna con un telescopio fue de pequeña en la casa de mis abuelos del pueblo. El telescopio de mi abuelo, considerablemente potente, estaba en la terraza de arriba de la



casa. En el cielo brillaban miles de millones de estrellas, y de vez en cuando, una estrella fugaz dejaba su rastro luminoso. Solo se veía un cuarto de la luna, y gracias a esto se distinguían las constelaciones y la Vía Láctea. Miré por el objetivo y me asombré al ver los cráteres de una luna tan cercana.

La primera vez que miré por un microscopio, tuve la sensación de asomarme a otro universo, más pequeño, pero no por eso menos inmenso. Era un microscopio de juguete, pero suficiente para agrandar las cosas minúsculas. Mi tía María José, que es bióloga, me regaló un montón de piedras y minerales que le sobraban del laboratorio. Hice mi propia colección y me encantaba ver aumentada la arena colorida que desprendían las piedras.

Con el microscopio podía ver cada grano de arena como meteoros en otro cielo estrellado, cristales que formaban galaxias tan lejanas como aquellas del espacio, corrientes de agua en forma de nebulosas y pequeños animales. Es posible que la diferencia entre el microcosmos y el macrocosmos no sea tan grande. Los astros deben de ser gigantescos animales que no podemos comprender. No hay duda de que pueden encontrarse universos en cosas pequeñas: basta un charco para atisbar un océano. El mar, por su parte, lo inmenso, ese cosmos de mareas y corrientes, refleja el otro de más arriba.

El planeta Tierra es una isla en medio del Universo. Más allá de sus límites se encuentra el infinito inexplorado, como el mar de los antiguos. Planetas, astros errantes, perseidas, meteoros y otros monstruos fugaces nadan alrededor de nuestra isla en un océano que solo ha sido surcado en lo más próximo del Sistema Solar. Constelaciones de criaturas fabulosas dibujan el techo celeste con ballenas que surcan el Universo como surcan los mares.

En la antigüedad fueron muchas las historias para explicar qué eran las estrellas: algunos decían que eran hogueras encendidas. Cuando se descubrieron las estrellas de neutrones o púlsares, que giran sobre sí mismas emitiendo haces de luz, hubo quienes sugirieron que tal vez esas luces eran faros en medio del océano del universo, quién sabe si para indicar el camino a los

